

Rigoberta Menchú recuerda su llegada a Ciudad de Guatemala

Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz en 1992 por su actividad en defensa de la población indígena de su país, recuerda su llegada a la capital, Ciudad de Guatemala.

Recuerdo que llevaba mi ropa bien viejita porque era trabajadora de la finca y llevaba mi corte bien sucio; bien viejo mi huipil. Tenía un perrajito y era el único que llevaba. No tenía zapatos. No conocía ni cómo es probar un par de zapatos.

La señora del señor estaba en la casa. Había otra sirvienta que era para la comida y yo tendría que tener el trabajo de limpiar la casa. La sirvienta era también indígena pero había cambiado su traje. Tenía ya ropa ladina y hablaba ya el castellano y yo no sabía nada.

Llegué y no sabía qué decir. Yo no hablaba el castellano, pero entendía algo. Por todos los caporales que nos mandaban, que nos maltrataban y que nos daban las tareas. Muchos de ellos son indígenas, pero no quieren hablar la lengua como nosotros porque ellos se sienten diferentes de los mozos. Entonces, yo entendía el español, pero no lo hablaba.

La señora llamó a la sirvienta: recoge a esta niña ; llévatela al cuarto que está atrás. La muchacha vino y me miraba con todos los ojos indiferentes. Y me dice, vente por acá. Me llevó al otro cuarto. Era un cuarto donde tenían arrinconado un montón de cajas, bolsas de plástico donde guardaban también la basura. Tenía una camita y me bajaron la camita y me pusieron un petatillo encima de la camita y me dejaron una chamarra, me dejaron allí. Yo no llevaba ninguna cosa para cubrirme ni nada

Entonces la señora ya más tarde me llamó. La primera noche, recuerdo que no sabía qué hacer. Así es cuando yo sentí lo que mi hermana había sentido. Claro, mi hermana estuvo con otro señor. Entonces me llamaron. La comida que me dieron era un poquito de frijol con unas tortillas bien tiasas. Tenían un perro en la casa. Un perro bien gordo, bien lindo, blanco. Cuando vi que la sirvienta sacó la comida del perro. Iban pedazos de carne, arroz, cosas así que comieron los señores. Y a mí me dieron un poquito de frijol y unas tortillas tiasas.

A mí eso me dolía mucho, que el perro había comido muy bien y que yo no merecía la comida que mereció el perro. Entonces comí, ya estaba acostumbrada, pues. No extrañaba la comida del perro, porque yo en la casa sólo comía tortillas con chile o con sal o con agua. Pero me sentía muy marginada. Menos que el animal que existía en casa.

Elisabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú* (1983)